

PROBLEMAS DE LA MUSICA VASCA

JOSÉ ANTONIO ARANA

No pueden ustedes hacerse idea de la satisfacción y honor que para mí supone el estar hoy aquí entre ustedes. Llegar a MUSIKASTE, de Rentería, y nada menos que al Acto de Apertura de esta sin par Semana Musical es algo que no hubiera sospechado hace aún pocos días. En efecto, para cualquiera que sea llamado a ocupar esta tribuna, es motivo de enorme responsabilidad ante ustedes y ante el Pueblo el hacerse cargo de esta Sesión de Apertura; máxime para un aficionado como yo que -voy a ser sincero- se siente sobrecogido ante las personalidades musicales aquí presentes, y al quedar inmerso en este ambiente, que se palpa, de altura musical conseguida a lo largo de los tres últimos años de bien hacer de MUSIKASTE.

El tema que voy a desarrollar es el de «Problemas de la Música Vasca». Un tema un poco extraño de titulación, pero muy necesario de ser tocado en estos momentos en los que tenemos tantos problemas de todo tipo que parecen ahogarse unos a otros. Pero en MUSIKASTE tenemos que ceñirnos al tema musical para no permitir que, por los problemas que conlleva consigo la continuidad de la Música Vasca según sus propias características, se hunda ésta y queden aquellos, quizá pronto, sin posible solución.

No soy músico en el sentido profesional de la palabra; solamente soy un enamorado de nuestra música, como parte de nuestro acervo cultural, y quiero dejar constancia, al empezar, de que mi exposición tiene más de sentimiento que de ciencia, más de corazón que de cabeza. Dicho de otra forma, vengo como hombre del pueblo a exponer ante este senado del arte musical algo de lo que se palpa como problema a nivel de nuestra cultura, entendiendo por cultura la vivencia de nuestro Pueblo Vasco.

Mi presencia hoy aquí tiene su curioso antecedente. Cuando MUSIKASTE, o más bien su grande y silencioso motor, José Luis ANSOARENA, tuvo la oportunidad de participar en la catalogación de la biblioteca mu-

sical del llorado Norberto ALMANDOZ, se encontró con unos folios, con pretensión de libro, retenidos en una carpeta. Eran las copias que iba yo enviando en 1969 al erudito sacerdote, entonces residente en Sevilla, con el ánimo de que criticara mi trabajo y me ayudase con sus valiosísimos consejos y pistas en la investigación. Un buen día de enero de este año recibí correspondencia y poco después mantuve conversación telefónica y entrevista con el ya ahora amigo ANSORENA, que me propuso aportar a MUSIKASTE el citado libro y aun participar en este acto hecho' ya realidad. Mi corazón -insisto en la corazonada- me hizo aceptar la invitación, con gran osadía, creo yo, y aquí me tienen ustedes dispuesto a hablar, eso sí, de todo corazón.

Desde principio, en 1973, he seguido por la prensa la andadura de MUSIKASTE y desde su primera Declaración de Principios me he sentido identificado con su problemática. Lo que yo venía soñando desde hace años, quizá desde diez años antes, cuando en 1963 inicié la formación de un archivo de música popular vasca, se venía materializando aquí con más medios que los míos en esta formidable organización, Y digo formidable consciente de que su labor es de asustar por lo inmenso de su empeño. Ahí es nada iniciar con medios, al fin y al cabo reducidos, privados, la labor de investigación y archivo, de movilización de nuestros intérpretes, de promoción de tantos estrenos, incluso mundiales, con costosos montajes, etcétera. Entrar en contacto con MUSIKASTE era para mí el sueño de mi vida. Y si muchos son los ingredientes necesarios para mantener viva la personalidad de nuestro pueblo, sabemos al menos ahora que el musical no ha de faltar.

A mi modo de ver se han suscitado ya suficientes interrogantes, a lo largo de estos tres años, como para hacer un sereno examen de conciencia. Parémonos un momento para meditar seriamente, con conciencia plena, de que estamos en un punto trascendental de nuestra historia cultural y, por tanto, de nuestro Pueblo Vasco. De nada vale la actitud del avestruz: descubramos con serenidad nuestros fallos y con alegría, sin triunfalismos, nuestros logros. Pero guiados por un afán sincero de construir la verdadera historia pasada que dé paso a la que tenemos que ir haciendo día a día con el protagonismo del pueblo.

El primer problema que debemos de analizar ahora y tratar de solucionar en un corto espacio de tiempo es el de nuestro propio conocimiento. Ni conocemos nuestra historia musical, ni conocemos nuestro tesoro artístico e instrumental, ni conocemos la esencia de nuestra música, ni sabemos cómo se ha de planificar el futuro musical de nuestro pueblo. Y éstos, queridos amigos, son demasiados desconocimientos. Se me ocurre pensar que quizá sea característica étnica la del poco aprecio de lo propio. Pero ¿no será ya hora de enmendar ese fallo colectivo? ¿Permitiremos por

más tiempo que sean GEVAERT, GLINKA y BORDES los que descubran la riqueza de nuestra música popular, que sea STEVENSON quien mejor haya estudiado a nuestro ANCHIETA? Hago ahora más las palabras del Ideario de MUSIKASTE: «Las deficiencias en el conocimiento del pasado y presente de la música de un pueblo pueden tener su paliativo en el devenir y en los imperativos de una sociedad perpetuamente cambiante, pero no si se deben a incuria. El tiempo que consume un pueblo en conocer su pasado es la base para saber la dirección y ritmo de su andadura. La historia de un pueblo debe ser la gran ordenadora de su futuro».

Primer problema, pues, el de la investigación de nuestro pasado musical. Muchos Carmelo ECHEGARAY y muchos Padre DONOSTÍA necesitamos para afinar el olfato de un cuerpo de investigadores. Nuestra sociedad capitalista no tiene tiempo ni dinero para estas «bobaditas». ¿Pasará mucho tiempo sin que tengamos un Instituto Vasco de Musicología? Esta entidad podría unificar los esfuerzos aislados de los no muchos investigadores particulares, dar directrices y normas en la investigación y con ello categoría científica a lo que con monografías de diversos aspectos de nuestra historia musical se fuera recogiendo. Cuántos y cuántos archivos municipales, parroquiales, de iglesias y conventos, entidades artísticas y musicales, están esperando al ilusionado investigador que desentrañe el pasado. Muchas investigaciones se han hecho, pero siempre a título particular y sin la necesaria unidad de criterios, ni la canalización a un centro superior de sistematización.

La búsqueda del dato preciso y documentado en los archivos del País ha de quedar fijado en un archivo central y las posibles y obligadas monografías han de estar a mano de un cuerpo central de sistematizadores que den unidad a lo particular. Pero esta labor de análisis y síntesis por minorías reglamentadas no pasaría de ser un lujo si no tuviera otra vertiente. Poco -aunque ingente, relativamente- sería el fruto logrado si además del conocimiento de nuestra historia musical por minorías privilegiadas no se diera todo este material a conocer al pueblo, meta y fin de esta investigación.

Hace muy pocos días, en la Casa de Juntas de Guernica, tuve la oportunidad de asistir a una conferencia-concierto dada por María Luisa OZAITA, conocida ya en MUSIKASTE, sobre «Clavecínistas Vascos del siglo XVIII». Nos son estos conocidos por investigaciones de ESLAVA, OTAÑO, IRUARRIZAGA, la misma OZAITA y, sobre todo, por el Padre DONOSTIA. Pero su conocimiento es tan reducido que apenas habrá en todo el País un centenar de personas que pudieran decirnos algo de ellos. Finalizado el mencionado concierto, y en el obligado comentario con algunos profesores de música, oí lamentar su desconocimiento de OXINAGA, LARRAÑAGA, SOSTOA, etc. y quejarse de que estos autores no ocupen parte de nuestros programas de enseñanza, problema al que luego me referiré. Conocidos a nivel de minorías, son absolutamente desconocidos no sólo

para el pueblo en general sino para la mayoría de los cultivadores del arte musical.

Creo por ello que es urgente planificar el conocimiento de nuestro arte y de todo lo relacionado con él. ¿No podría, por ejemplo, promoverse entre los rectores de nuestras iglesias y conventos una investigación a fondo que diera como resultado, sumando monografías, un catálogo de nuestros órganos, un estudio cronológico de los diversos instrumentos que han acompañado la música de nuestras iglesias a lo largo de los diversos períodos de la historia de nuestra música? Trabajos como los de don Trino DE URÍA, don José IZURRATEGUI o don Angel INARAJA, y algunos otros que no han visto la luz, serían una buena base para completar nuestro conocimiento del órgano en el País Vasco, Y aunque no es más que un ejemplo, se me antoja el más significativo por la importancia de este instrumento en la formación de la musicalidad de nuestro pueblo.

Para dar cuerpo a todos estos estudios creo que es llegado el momento de crear una REVISTA MUSICAL. La idea no es nueva y tiene sus antecedentes. La «Revista Musical» que se publicó en Bilbao de 1909 a 1913 fue un intento ya lejano y de poca vida. Fuera del País existen ahora mismo revistas muy especializadas dentro de la música, como puede ser Tesoro Sacro Musical, de los Padres del Corazón de María y dentro del País la revista Txistulari dedicada a la investigación y publicación de obras para nuestro ancestral instrumento. Pero cualquiera que quiera escribir algo sobre música, debe desperdigar sus trabajos en esta o aquella revista de carácter general, que hacen imposible disponer de una bibliografía centralizada en una publicación especializada. Un Boletín del Instituto Vasco de Musicología podría recoger todo lo que de música se escribe en el País y sería valiosa fuente de información, y de formación, para quienes quisieran tener puntual y actual conocimiento de todo lo que se trabaja en música.

Esta misma publicación, o algún apéndice musical de ella, podría facilitar partituras para todos los cultivadores del arte en sus diversas manifestaciones interpretativas, sean corales o instrumentales. Quien quiera ahora disponer de una partitura de ANCHIETA o de DONOSTÍA, por poner un ejemplo, dependerá de la suerte en sus pesquisas tras el documento deseado. Y así ocurre que se interpreta siempre lo mismo y más conocido sin posibilidad de dar salida al mundo sonoro del material que duerme en colecciones particulares. Es corriente oír decir, incluso a profesionales de la música, que nuestra pretendida riqueza musical se esfuma cuando se busca material para la enseñanza o la interpretación. Y no creo que sea difícil subsanar este gran fallo.

Hay, a mi modo de ver el problema, un obstáculo que ha de salvarse como sea. Si algo ha de socializarse, por su misma esencia y por su fun-

ción, es el arte. Pero tenemos demasiado metido el complejo de la propiedad privada y retenemos con tanta facilidad, cuanta avaricia, materiales y conocimientos que deben de salir de los archivos particulares al pueblo, que es en definitiva su dueño y destinatario. Los archivos y bibliotecas musicales, que tanto ha costado formar (y me acuerdo de OTAÑO, DONOSTÍA, ALMANDOZ, entre otros) no pueden ser cuartos cerrados con llave, museos y vitrinas de minorías. Aparte de que los modernos medios de comunicación deben de sacar todo este material a la calle, creo que no tendrían mejor lugar que una MUSICOTECA NACIONAL, en la que todo el País dispusiera de libros, escritos, revistas, discos y grabaciones, partituras, etc. relacionados con la música del País Vasco.

La solución al problema. del conocimiento del pasado de nuestra música nos lleva de inmediato al problema del conocimiento y delimitación de su esencia. En el libro «Música Vasca» que, Dios mediante, tendremos en nuestras manos el próximo viernes, toco el tema con la amplitud que sus páginas me permiten. Pero he de reconocer que en este asunto estamos todavía en mantillas habiendo apenas iniciado el seguimiento de unas pistas sugeridas por BORDES, DONOSTÍA, AZKUE, GASCUE, URUÑUELA, OTAÑO, ESCUDERO, MADINA y algunos otros musicólogos más. Para aclarar el panorama será necesario olvidar prejuicios y dogmas, desterrar mitos y leyendas, y comenzar en serio a reconstruir la teoría de la Música Vasca. Serán necesarias monografías y mesas redondas en que se critique lo hasta ahora aceptado con más corazón que ciencia. Pero si estos estudios críticos han de diseccionar no el cadáver, pero sí el agua pasada, no olvidemos que el molino sigue andando y hemos de analizar «in situ et in actu» ese movimiento.

Recordaré que las colecciones y cancioneros del siglo XIX y primeros años del XX lograron fijar, con más o menos fortuna, las melodías y los ritmos de nuestra música popular, evitando que se perdieran en las montañas. Fueron el único medio entonces existente para evitar que el agua se fuera. Hoy disponemos de medios mucho más fidedignos de grabación no sólo de lo que ha llegado a ser música sino de todo el ámbito sonoro de nuestro pueblo. Empezando por la musicalidad del idioma, perfectamente registrable en sus muchas y ricas variedades fonéticas y sonoras, continuando por la sonoridad de nuestra fauna, de los accidentes climáticos y del paisaje, en fin, por toda la musicalidad de nuestra especial, mejor o peor, naturaleza viva, debe quedar todo urgentemente registrado para sentar las bases de un estudio de nuestra actual esencia musical. Este, para mí, alucinante programa no puede realizarse sino en nombre y con la ayuda de toda la colectividad vasca. El lápiz y cuaderno del sacrificado folklorista debe de ser sustituido por abundantes equipos de grabación que, siguiendo un plan prefijado, recorran palmo a palmo nuestros montes

y caseríos, nuestras villas y núcleos habitados, de día y de noche, Los técnicos de nuestros laboratorios de música concreta, que los tenemos, pueden y deben preparar un plan que haga realidad el sueño de ALTUBE o NAVARRO TOMÁS, de DONOSTÍA o AZKUE, de BASTERRECHEA o GAVEL. Antes de que los numerosos exotismos fonéticos y musicales den al traste con nuestra esencia sonora, debemos de fijar, como mojón de nuestra historia, la actualidad musical del País.

Tenemos en música muchos dogmas que un día u otro podrán caer arruinados bajo la severidad de estudios desapasionados. Me refiero a tantos y tantos mitos creados, principalmente el siglo pasado, cuando con ojos asombrados asomamos al mundo de nuestra música popular, aplicando a su conocimiento criterios todavía primitivos, forzosamente infantiles del momento. Mencionaré solamente dos muestras de mito: el zortziko y el tono menor. Se creía que para que la música vasca fuera auténtica debía de tener ritmo de zortziko y tonalidad menor; y así un zortziko sería el sumum de nuestra música. ¿No se nos antoja ahora infantil esta definición?

Pero seguimos todavía atados a ciertos perjuicios y formas. No hará una semana que, en la divulgación de un importante Concurso de Composición, he leído que las obras deberán de adaptarse a los ritmos clásicos de la música coral vasca. A decir verdad, la aclaración no me aclaró nada, pues ¿cuál es el ritmo de la música vasca? Esta y otras cuestiones quedan para un estudio profundo y sincero, pero advirtiéndome que en arte, como en cualquier conducta humana, nada es estático, todo evoluciona y cada vez son mayores las influencias extrañas que hacen que lo que hoy pueda afirmarse con criterios de verosimilitud, pueda perder en un mañana próximo esta categoría.

Es por otra parte curioso un detalle que viene advirtiéndose desde hace ya más de un siglo, Si nuestro proverbial laconismo ha hecho que haya ganado fuerza la música como soporte memorístico en la transmisión de poemas, cantos; bertsos, etc., nuestra falta, de escritura ha hecho también que no hayan quedado debidamente fijados los datos para la reconstrucción de nuestra historia. Y como consecuencia, han tenido que ser extranjeros los que nos hayan hecho ver las excelencias de nuestro tesoro musical. En relación con este fenómeno bueno será apuntar que quizá como en ninguna otra cultura, han sido y son también extranjeros los que nos ayudan a delimitar la esencia de nuestra música. Por mencionar a una organización hermana de MUSIKASTE, la Semana Coral de Tolosa, ¿no es significativo que haya extranjeros entre los compositores y coros vencedores en alguna edición?

¿Será que nuestra música ha pasado ya del estado nacional para haber llegado al universalismo? Creo sinceramente que no, que todavía pasará

mucho tiempo hasta llegar a ese universalismo cultural. El hecho de que desde principios de este siglo aportaran nuestros compositores más preeminentes formas y técnicas europeas (no todavía universales) al cultivo de nuestra música vasca, no supuso sino enriquecimiento de nuestra esencia musical que se veía mejor reflajada por esos canales de expresión, que mediante las vacías formas italianizantes del siglo pasado. Distinguiendo pues en música la forma y el fondo, creo que todavía, en un gran porcentaje de nuestra producción (eliminando naturalmente la música serial) podemos seguir cultivando nuestra propia música, con fondo vasco, si bien expuesta en formas cada vez más universales.

Pero todo esto, que sólo hago insinuar, da materia para críticas necesarias y estudios de mesa redonda y equipo que están esperando un organizador.

Tocaré todavía otro punto a debatir. Sugiero simplemente que la principal manifestación expresiva del Pueblo Vasco en música ha sido la relacionada con el canto. El bertsolari y el kantari han sido y siguen siendo núcleo de nuestra musicalidad. Y dada nuestra inclinación a la asociación, los orfeones, coros y capillas han llenado años y años en el ambiente sonoro de nuestro pueblo. Pero mientras estas manifestaciones siguen en auge, hay un ente expresivo, que sin duda es vocal, que ha caído en desuso en los últimos años. Quizá como ampliación de nuestras Bandas de Txistularis surgieron con profusión en el siglo pasado las Bandas de Música. Su importancia en el País fue tan grande que durante años se organizaron concursos de virtuosismo e interpretación, con participaciones numerosas y valiosas. El año 1921, en Tolosa, se llegó a crear una Editorial de música para Banda que suministró partituras a todas las entidades del País. En 1929 se creó la Asociación Vasco-Navarra de Directores de Bandas Civiles, que fue modelo de la que tres años más tarde, en 1932, se fundó en Madrid con el nombre de Cuerpo Nacional de Directores de Bandas de Música Civiles. Pues bien; un pequeño País como el nuestro registró en tal Cuerpo 68 maestros distribuidos de la siguiente forma: 23 guipuzcoanos, 22 vizcainos, 20 navarros y 3 alaveses. ¿Cómo explicar que en estos momentos se puedan contar con los dedos de las manos las Bandas existentes en el País Vasco? A mi modo de ver nos hemos dejado llevar por la corriente de un gravísimo error. A mediados de este siglo se discutieron con profusión las circunstancias de la desaparición de Bandas de Música. Aunque desgraciadamente el fondo de la cuestión era económico, se alegaban argumentos como éste: ahora que disponemos ya de medios de difusión, como los discos, que llevan al pueblo por no muchas pesetas interpretaciones de las mejores orquestas ¿a qué viene el mantener las Bandas, expresivamente inferiores para la educación musical del pueblo?

El argumento es, cuando menos, simplista. O ¿se olvida que las Bandas no solamente son emisoras sino formadoras de instrumentistas? El

intérprete ejerce solamente función de transmisor, o ¿no es él mismo un artista? Las Academias de Música de nuestras Bandas eran semilleros de músicos. Nos conformamos ahora con una simple actitud receptiva. Aunque pudiéramos ver a todas horas por televisión buenos partidos de fútbol, ¿sería razón suficiente para que desaparezcan nuestros equipos? Nos estamos acostumbrando a las actitudes pasivas, y así no hay pueblo que aguante manteniendo su personalidad.

Me referiré finalmente a un problema que considero vital en estos momentos: la enseñanza de la música. Se echa pronto de ver a cualquiera que asome al panorama de la enseñanza de la música en el País Vasco la insuficiencia del sistema actualmente vigente. Son de aplaudir los esfuerzos aislados que se vienen haciendo en esta línea, pero el sistema general es, por universal, alienante.

La enseñanza oficial de la música en régimen de Conservatorio es insuficiente y aun contraproducente por varios motivos. En primer lugar los reglamentos por los que se rigen, y las disciplinas que se imparte, no se adaptan a las necesidades ya apuntadas de nuestro pueblo. Desde ya muy entrado este siglo funciona un centro oficial de este tipo en cada una de las cinco capitales de nuestro País y el contenido de su enseñanza puede ser válido igualmente para Madrid, Roma o París y no para un pueblo que tiene que mimar su propia esencia musical.

Pero además el sistema de Conservatorio desliga completamente la enseñanza de la música de todo otro plan de enseñanza primaria, media o superior haciendo posible solamente un cultivo musical de nuestra juventud acomodada, que en algunos casos abre las puertas a sinceras vocaciones musicales pero a base de sacrificio y de contadas y cantadas becas de estudio.

Con independencia de este esquema musical oficial, la misma actitud y exigencia del pueblo han hecho surgir con admirable profusión en todos los pueblos relativamente importantes unas Academias de Música a la sombra, muchas veces, de las Bandas de Música. Es plausible la labor realizada hace más de un siglo por pacientes directores en la formación de solistas y ejecutantes. Anterior a ésta es otra manifestación de la enseñanza popular: la de los Coros Parroquiales, bajo la dirección del organista o, a veces, del maestro de capilla. Pocos serán los músicos de renombre que no cuenten como primer maestro al organista de su pueblo natal.

Con sólo ver esta síntesis de la enseñanza musical se aprecia una desconexión completa en sus grados de avance natural y, lo que se me antoja peor, una falta de ligazón con el resto del plan de estudios del niño y del joven. Para colmo de males parece que los modernos planes de estudio han eliminado de los programas las disciplinas artísticas. Solamente una sociedad materialista puede concebir como obligatoria la enseñanza de las

matemáticas y de la geografía, por ejemplo, y dejar al arbitrio del bolsillo la educación artística del niño y del joven. Y esto es lo que entre nosotros viene ocurriendo.

Es necesaria una urgente revisión y revolución en nuestros sistemas y programas de enseñanza. Países como Inglaterra, sin rica tradición musical, han afrontado con valentía el problema. Después de la última contienda mundial, cuando todo el país se debatía entre las ruinas materiales y morales, decidieron en Inglaterra dar a las artes, concretamente a la música, un gran desarrollo. Así han podido llegar en unos pocos años a tener una materialización de resultados fascinantes. En Inglaterra los niños dedican dos días de vacación semanal a las artes y a la música.

No podemos seguir dando por más tiempo carácter secundario, y lo que es peor, nulo, a la enseñanza de la música. Esta asignatura tiene que ser una de las más importantes dentro de los planes de estudio de la escuela primaria y del Instituto, y debe tener una Facultad propia en la Universidad Vasca. No basta naturalmente con la implantación de un sistema de enseñanza planificado, porque ¿para qué estudiar música? Es muy vivo el sentimiento de derrotismo de esta profesión; de la música no se puede vivir. Nuestra sociedad desgraciadamente es demasiado pragmática y está orientada, con una falsa jerarquía de valores, hacia la exclusiva valoración dineraria de resultados prácticos y dentro de ella los músicos están fuera de sitio. Pequeños sueldos mantienen todavía Directores de Banda; menores sueldos, ridículos en muchos casos, mantienen todavía organistas en nuestras iglesias. Los profesionales tienen que recurrir incluso a la huelga para seguir subsistiendo. Algún espaciado concurso proporciona prestigio y algún dinero a nuestros creadores. ¿Quién va a seguir en estas condiciones creando y dando vida a nuestra música?

Antes de que sea tarde y vaya muriendo nuestra fertilidad musical se hace necesaria la planificación del País Vasco. Planificación de la enseñanza musical, planificación del desarrollo como arte y espectáculo, planificación de la creación musical, planificación de su expresión. Si los problemas del idioma cuentan desde 1918 con una Academia que debe apoyar y aun aunar esfuerzos, ¿cuándo podremos contar con un organismo central vivificador y coordinador de este potencial movimiento musical?

Esta planificación responde no solamente a las necesidades de organización de nuevos servicios, sino a la misma unidad musical del País, lograda mucho antes que su unidad literaria. Todas las tierras del País Vasco, por encima de sus diferencias dialectales de lenguaje, han entretejido una unidad musical. Aportando sus particularidades en un idioma musical común, han creado un único fondo popular. El ilustre musicólogo José Antonio de DONOSTIA, al analizar el Cancionero de AZKUE, decía a este respecto «La más importante conclusión general es la de la unidad de la música popular vasca en todo el País, español y francés. Pueden encontrarse algunas particularidades, propias de las diversas regiones del País

Vasco, pequeñas diferencias en sus músicas, pero el alma de todas ellas es la misma, como lo son su raza y su lengua». Creo por todo ello que un urgente problema del Pueblo Vasco es el de su planificación musical en todos los órdenes. El momento es propicio, pues puede basarse en una economía sana que debe destinar una buena porción de los fondos sociales a una necesaria promoción cultural. A las puertas de importantes cambios en la estructura social y política, y en el umbral de una deseada reactivación de la economía, el momento actual es, cuando menos, el de la planificación. Si el Concierto Económico permite a las Diputaciones de Vizcaya y Guipúzcoa parangonarse con las de Navarra y Alava en la administración del fondo social del País, bueno será que toda la máquina económica vasca se conciencie en la necesidad de hacer un pueblo espiritualmente grande, echando sobre sus hombros la responsabilidad de la promoción del arte nacional.

Con gran sorpresa por mi parte me encontré con que el sábado apareció en la prensa una Declaración de la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País. Por lo que se refiere al tema que hemos tratado me parece muy importante el punto cuarto, según el cual esta Sociedad recaba para nuestras provincias el derecho y el deber de organizar todos los servicios culturales, la educación en todos sus grados y niveles, la investigación, archivos, museos, etc.

Quizá sea interesante hacer brevemente un pequeño comentario de lo que representa la Real Sociedad Bascongada de los Amigos del País, fundada en 1765 por Xabier María DE MUNIBE, Conde de Peñafiorida. Los estatutos de esta Sociedad fueron aprobados el 8 de abril de 1765 y al revés de lo que pasaría con otras Sociedades creadas posteriormente en España, esta Sociedad vasca no era exclusivamente económica. El fin principal y primordial, su objeto, según se lee en el artículo primero de los Estatutos, es el de «cultivar la inclinación y el gusto de la nación bascongada hacia la ciencia, bellas artes y letras, corregir y pulir sus costumbres, desterrar el ocio y la ignorancia y fomentar y estrechar más la unión de las tres provincias bascongadas de Alava, Vizcaya y Guipúzcoa».

Creo que esta Declaración ha llegado en un momento muy importante y oportuno porque, efectivamente, el espíritu fundacional, desgraciadamente no mantenido a lo largo de su historia, puede permitirnos la esperanza de que pueda hacer algo a nivel oficial con la ayuda, naturalmente, de las Diputaciones provinciales en defensa de la cultura y dentro de ella de nuestra música vasca.

Para terminar, sólo me queda decir que sigo estando emocionado de estar aquí y que deseo que MUSIKASTE tenga un éxito, sin adjetivos, que redunde para el bien de nuestra música vasca y de la cultura de Euskalherri.